

—¡Señor, me ofendeis! Juzgué haberos inspirado confianza....

—Y has juzgado bien; esto lo he dicho nada mas que por mi costumbre de dejar bien aclaradas las situaciones respectivas.

Volvió Antonio á su posada y contestando de una manera evasiva á las repetidas preguntas de Margarita, impaciente por saber el resultado de su entrevista con Ali-Bey, esperó los acontecimientos, que no podían menos de sobrevenir en corto plazo. Pasaron algunos meses en los cuales siguió viendo á don Domingo Badia crecer en importancia con el pueblo y en favor con el monarca, y al cabo recibió un mensajero de su protector encargado de notificarle fuese á verse con él. Encontróle demudado por la cólera y el sentimiento, paseando lo sala con agitacion y manifestando en su ademán las pruebas del mas profundo despecho.

—¡Todo se ha perdido! exclamó al ver al marinero, solo me quedan las dificultades de la peligrosa senda en que no puedo retroceder.

—La recorreremos juntos, señor, y muramos, si es preciso, sin cejar en el buen propósito.

—Es inútil luchar contra el destino. He recibido una carta del Principe de la Paz, en que me previene de orden del rey, abandone todo el plan y salga inmediatamente de Marruecos. Al dar cuenta á Carlos IV de la combinacion que teníamos urdida, se alarmó su delicada conciencia ante la idea de corresponder á la generosa hospitalidad de Muley Soliman, con una ingratitud. Han sido vanos los esfuerzos del favorito omnipotente para desvanecer los escrúpulos concebidos por el sensible monarca: encerrado en el círculo de la mas rígida moral ha tenido en esta ocasion voluntad propia. ¡Infeliz soberano; juzgo que ni aun entre los bienaventurados ha de encontrar asiento el cuitado rey que conserva en el trono las propiedades de un monje de la Trapa!

—¿Y no habrá medio de conseguir el objeto, á pesar de ese contratiempo?

—Ninguno. Lo que hubiera sido posible con el auxilio cercano de una potencia marítima, seria ridiculo intentado por un simple particular.

—Pero los comprometidos en la empresa no han de querer abandonarla fácilmente, y despues de los pactos solemnes celebrados con ellos culparán á vd. de traicion si le ven mudar de dictámen.

—Por fortuna la trama está urdida de tal manera que sobre nadie pueden recaer las iras del gobierno, ignorante de cuanto se medita. Bajo pretexto de hacer la peregrinacion á la Meca, antes de ponerme á la cabeza de los conjurados, abandonaré á Marruecos para siempre.

—Vaya vd. con bien, señor, y si alguna vez un recuerdo de estas playas inhospitalarias viene á molestar su mente, no se olvide que un desgraciado compatriota llora en ellas sin esperanza la que osó concebir en un momento de ilusion engañadora.

—Mejor dirás realidad efectiva, querido amigo, porque he de conseguir tu indulto antes de mucho, acompañado de recomendaciones fervorosas de los padres misioneros para con el señor obispo de Málaga, que animado de caridad cristiana, activará tu reconciliacion con la Iglesia como antecedente al matrimonio con Margarita.

—Despues de lo cual iré á buscar á vd. donde quiera que se encuentre para consagrarle el resto de mi vida.

—Agradezco tu noble desinterés, pero no debo aceptarle. Eres jóven, tienes familia, y á ella debes consagrarle. Ade-

mas, abandonado el objeto político de mi expedicion trató de continuarla bajo el aspecto científico: voy efectivamente á realizar la peregrinacion á la Meca atravesando las regiones berberiscas. Despues visitaré la Siria, la Arabia, la Turquía y la Grecia; en este inmenso viaje por tierras enemigas hay grandes peligros que arrostrar, de los que juzgo salir con bien á favor de mi carácter de príncipe Abassida. En Lóndres me hice circuncidar por un famoso cirujano, y esta dolorosa operacion, á cuyo recuerdo aun tiemblo, me acreditará en cualquier evento de verdadero musulman. Estoy revestido de cuantas circunstancias son necesarias para ser considerado como un ser casi sobrenatural entre los mahometanos, al paso que tú no podrias ocultar el origen de que procedes, con evidente riesgo propio y grave compromiso de mi existencia.

Convencido por las razones de Ali-Bey, volvió Antonio á pisar la tierra española, donde santificando su cariño á Margarita, tuvo algunos años de plácida ventura, hasta que la fortuna le hizo de nuevo blanco de su inconstancia, segun veremos en el número inmediato.

Antes de pasar á mas florido asunto, espera un instante, amigo lector, y ya que segun la frase vulgar, nos hallamos con las manos en la masa, bueno será dar cuenta sumaria del paradero y fin de don Domingo Badia, célebre personaje de quien no tendremos que hacer mencion en lo sucesivo, y cuyos hechos todos verdaderos, hemos procurado hacer públicos, pues la obra en que los consignó él mismo es menos conocida de lo que debiera; esto nos evitará una larga cita, á que no somos aficionados en artículos recreativos, atrayéndonos la benevolencia de muchos para quienes pasa ignorado tan ilustre compatriota.

Verificó en efecto los viajes que le hemos oido proyectar. Los bajás soberanos de Trípoli, Egipto, Acre y la Meca le recibieron con entusiasmo, de igual manera que los pueblos mas civilizados del Asia y las tribus errantes del desierto. Sus predicciones astronómicas, las curas portentosas que verificaba, las delicadas consultas á que daba solucion, sometidas á su juicio por los doctores de las diversas sectas del islamismo, le hacian reverenciar cual un apóstol misterioso ante cuya insaciable curiosidad se abrian los lugares mas sagrados, en los que ningun cristiano ha podido penetrar nunca.

En octubre de 1807 llegó en Constantinopla á casa del embajador de España, conde de Almenara, único para quien era conocido, pues entre los demás familiares de la embajada, siempre se le tuvo por el príncipe Ali-Bey-el-Abassi. Supo en aquella ciudad las ocurrencias políticas sobrevenidas en España y la entrada en la península de los ejércitos de Napoleon, con lo cual determinó acelerar su regreso. Detenido en Munich por una grave enfermedad, apenas se vió algun tanto restablecido se hizo preparar una cama dentro del coche y acostado en ella arribó á Bayona el 9 de mayo de 1808. Quiso al dia siguiente ver al nuevo rey Fernando VII, mas en aquellos momentos salia éste para Valenzay. Presentóse Badia á Carlos IV con los planos y dibujos relativos á su viaje, mas aquel monarca habiéndolos examinado: «Ya sabrás, le dijo, que la España ha pasado al dominio de la Francia por un tratado. Ve de nuestra parte al emperador y dile que tu persona, tu expedicion y cuanto á ella concierne queda esclusivamente á las órdenes de S. M. I. y R.» ¡El escrupuloso cuando se le propone destruir un estado, azote de la humanidad y afrenta de las naciones cultas, no juzga caso de conciencia



ceder lo que no era suyo á un poder extranjero! Insistió Badia en seguir la suerte de la familia destronada, pero replicóle Carlos IV: «No, no; á todos conviene que sirvas á Napoleon.» Presentóse á él nuestro viajero y despues de algunas conferencias le mandó pasar á las órdenes de su hermano José, á quien siguió á Madrid. En esta corte permaneció quince meses reducido con su familia á la mayor estrechez, hasta que le dió el gobierno, sin solicitarla por su parte, la intendencia de Segovia; despues fué nombrado para la prefectura de Córdoba. A la retirada de los franceses pasó con ellos la frontera, pero como no era su ánimo fijar su residencia en Francia, dirigió á Fernando VII una reverente exposicion, tributándole homenaje de fidelidad y sumision y ofreciéndole sus servicios. No tuvo resultado alguno y la necesidad obligó á Badia á admitir la hospitalidad generosa que le ofrecia el gobierno francés. En 1822 le dió éste una comision importante para la India, condecorándole con el grado, sueldo y consideraciones de mariscal de campo. Salió de Paris con el nombre de Ali-Othman, y se dirigió á Damasco, cuyo bajá, segun afirman los franceses, estaba asalariado por una nacion poderosa para impedir que nadie pasara á examinar las posesiones del Indostan. Sin prevenir juicio ninguno, añadiremos tan solo que la taza de café ofrecida por dicho funcionario á Badia, con obsequioso cumplido, ocasionó su muerte.

He aquí finalizadas las breves indicaciones que nos habiamos propuesto, antes de seguir las aventuras de Antonio el Renegado.

DIONISIO CHAULIÉ.

## UNA AVENTURA DE MURILLO.

### A MIS QUERIDOS PADRES.

#### I.

Por los años de 1638 habitaba en Sevilla don Gabriel de Aguilera, gentil-hombre de S. M. el rey Felipe IV, hombre de rancia y altiva nobleza.

Tenia una hija llamada Isabel, de rara hermosura, galanteada y solicitada por toda la juventud sevillana; empero, ella se mantenía inflexible á los halagos de los unos, sorda á las palabras de otros, é indiferente á las miradas de todos.

Entre los infinitos galanteadores que, como llevamos dicho, le atraía su hermosura, el mas asiduo, el mas pertinaz era don Rafael de Silva, noble caballero cordobés, y aunque pobre, el único que merecia la proteccion de don Gabriel, por ser el hijo de un antiguo compañero de armas y amigo suyo.

#### II.

Isabel no amaba, no podia amar á aquella turba de galanteadores, porque su corazon no la pertenecia.

En los tercios de Italia servia el dueño de su alma don Juan de Zúñiga.

El principio de sus amores habia sido el siguiente: un mes antes de lo que vamos narrando, paseaba Isabel acompañada de sus dueñas por las afueras de Sevilla, cuando tres hombres que las seguian empezaron á insultarlas con voces y palabras groseras, llegando uno de ellos hasta querer enlazar su brazo con el de la hermosa Isabel: ésta

viéndose apartada de la ciudad, sola con sus dueñas en medio de aquellos hombres comenzó á pedir socorro.

Rápido como el pensamiento un gallardo jóven se colocó entre ellas y sus perseguidores, y blandiendo su hoja de Toledo, púsolos en vergonzosa fuga.

Isabel le dió las gracias con las mas afectuosas palabras y aceptó su compañía hasta la ciudad.

#### III.

Desde aquel dia Isabel y don Juan se encontraban casualmente ya en paseo, ya en la iglesia.

Al cabo de ocho dias don Juan confesó su amor á Isabel, y al cabo de quince, una llave deslizada por la mano de la dueña en las de don Juan, dábele paso por la puerta del jardin hasta el objeto de su pasion.

El padre de Isabel la instaba cada dia mas, para que tomase estado, aconsejándola fuese con don Rafael de Silva, su protegido.

Isabel no habia tenido valor para confesar su amor á su padre.

Don Juan era pobre, nada poseia: su opulento y orgulloso padre jamás consentiria en semejante enlace.

#### IV.

Seis meses van á cumplirse desde que comenzaron los amores de Isabel y don Juan: seis meses de dulces coloquios en el jardin, de amorosas citas en las orillas del Guadalquivir; nos hallamos en la víspera de la partida de don Juan para el ejército.

Noche hermosa y triste á la vez. Dulce y amarga. La luna, única espectadora de tan tierna escena, heria con sus puros reflejos el hermoso rostro de Isabel y la altiva frente de don Juan.

Protestas de amor, juramentos sin fin. Sentados en un banco de piedra, sus manos enlazadas, sus alientos confundidos.....

¡Hermosa edad! ¡Dichosos dias! ¡Venturosos instantes! Las tres han sonado y á las cuatro el buque se da á la vela.

¡Terrible momento! Isabel oprimiendo el traje de don Juan quiere impedirle partir.

Don Juan lucha entre su amor y su deber.

Los labios de Isabel murmuran á su oido palabras de amorosa ternura.

En el espacio resuena otra campanada y don Juan despues de estampar su boca en la frente de Isabel parte como un loco.

Al traspasar la puerta un hombre oculto entre la sombra de la tapia le ha visto, le ha seguido, y le ha reconocido.

#### V.

Se ha dicho siempre que un amante celoso tiene el don de la doble vista y esto precisamente le pasaba á don Rafael de Silva.

Isabel, que al principio habia recibido sus obsequios con frialdad, desde la tarde de su encuentro con don Juan, no era ya frialdad, era desden, era aborrecimiento lo que por él sentia.

Isabel, alma nacida para amar, no podia simpatizar con el de Silva.

Don Rafael era envidioso, hipócrita, artero; su corazon lleno de cieno, no reparaba ni aun en el crimen con tal de conseguir su intento: habiase prometido enlazarse con Isabel que le traía al matrimonio no solo una inmensa for-



tuna, sino una posición brillante que él pensaba conquistar á la sombra de don Gabriel.

Por eso decimos, desde el día en que Isabel comenzó á recibir con mayor desden sus obsequios, convirtiéndose en una sombra de ésta; y de día, de noche, espiaba hasta sus menores pasos, sus menores movimientos: por eso habia advertido sus miradas en la iglesia, en el paseo; por eso en fin, oculto junto á la tapia del jardín habia sorprendido la salida de don Juan, le habia seguido y no le habia perdido de vista hasta que le vió en la galera.

#### VII.

Desde entonces los obsequios de Silva se redoblaron; sus atenciones fueron mas marcadas.

Isabel continuaba firme en sus desprecios.

Así pasaron dos meses.

Don Juan se batia en Italia como un héroe ganando un nombre de bravo, cuando un día recibió una carta de Isabel en que le llamaba apesuradamente á su lado.

Don Juan se apresuró á pedir permiso á su general.

—¡Cómo! le dijo éste, ¿partis?

—Sí, señor, parto; un deber sagrado me llama á mi patria.

—No puedo concederos mi permiso sino con una condicion.

—Decid.

—Juradme por vuestro honor que dentro de un mes estareis de vuelta, y yo diré que habeis partido del ejército con una comision.

—Por mi honor de caballero y de soldado os lo prometo.

—Partid. Fio en vuestra palabra.

#### VIII.

A los veinte días don Juan estaba en Sevilla, y la dueña de Isabel le noticiaba que ésta sintiéndose indispueta, habia suplicado á su padre la dejase ir á respirar el aire del campo á una quinta que poseian á dos leguas de Sevilla.

Dan Gabriel ha accedido á condicion de que á su vuelta se efectuará su enlace con el de Silva: la señorita así se lo ha prometido; su idea es la de partir con vos.

La dueña corrió á anunciarle la llegada de don Juan.

—¿Viene? le dijo doña Isabel al verla.

—Sí, señora; dentro de poco le tendreis á vuestro lado.

—Bendito seas, Dios mío, yo te doy gracias.

A las diez de la noche penetraba don Juan en la quinta, y á poco el llanto de Isabel mezclábase con sus cariñosas palabras, con sus estremos de amor.

Apenas dos horas trascurridas Isabel sintió los preludios de su alumbramiento, y don Juan corría como un loco á Sevilla en busca de un doctor.

#### VIII.

Tiempo es ya de que conozcamos de lo que don Rafael de Silva es capaz.

Desde la marcha de Isabel á la quinta, su vigilancia se habia redoblado; con astucia y oro, habia logrado comprar á uno de los criados de la quinta, y éste le tenia al corriente de cuanto pasaba.

Por él supo el día de la llegada de Zúñiga, y creyó que era llegado el momento de dar el golpe.

Aquella tarde se presentó á don Gabriel, y le pidió una entrevista, diciéndole era para tratar de asuntos de la mayor gravedad.

—¿Os chanceais sin duda?

—¡Ah, señor! pluguiera al cielo. Pero lo que tengo que deciros afecta á vuestro honor y al mío.

—Explicaos.

—¿Tendreis valor para escucharme?

—Hablad.

—Pues bien. Isabel, vuestra hija y mi amada, os engaña mejor dicho, nos engaña á los dos.

—¡Don Rafael!

—Lo dicho. Vuestra hija, enamorada de un alferez de los tercios de Italia, ha deshonrado vuestras canas y mi nombre.

El rayo caido á los piés de don Gabriel no le hubiera causado mayor efecto.

Su lengua que apenas podia articular las frases, solo pudo esclamar:

—La prueba, ¿dónde está la prueba?

—¿No os parecen suficientes sus desprecios cada día mayores; sus evasivas en obedeceros, su marcha á la quinta sola? y si aun no os parecen suficientes todas estas, seguidme y vereis.

#### IX.

El de Silva, siguiendo la máxima de que *hombre prevenido vale por dos*, todo lo tenia dispuesto de suerte que á poco llegaban á la quinta.

En ella reinaba el mayor silencio, la mas profunda oscuridad.

Solo los ayes de Isabel luchando con sus dolores, se destacaban de aquel silencio sepulcral.

El criado traidor los condujo á la sala baja en que Isabel se hallaba; allí con el oído pegado á la puerta escuchaban hasta la respiracion fatigosa de la enferma.

De pronto, se oyó el llanto de un recién nacido.

No fué tan presto oírlo cuanto precipitarse en la estancia don Gabriel y el de Silva.

Isabel al verlos dió un grito; la dueña quedóse muda de espanto.

—Hija infame, ¿éste era el premio que dábais á mi ternura? ¿éste el fruto de mi cariño, de mis desvelos para con vos? Decid. Desobedeceis mis mandatos, deshonrais mis canas, ¿y por quién? Por amar á un hombre indigno de vos y de mí.

—A un miserable, exclamó el de Silva.

—Os engañais, gritó á su espalda la voz vibrante de don Juan; os engañais, don Gabriel; y vos, señor de Silva, mentís como un villano.

#### X.

—Escuchadme, señor; pongo el cielo por testigo de cuanto voy á deciros.

El amor por Isabel me ha enloquecido hasta el punto de hacerme cometer una falta; una falta sí, pero no un crimen.

Si mi deber no me hubiera llamado á la guerra, yo pobre, pero honrado, hubiera ido á pedir su mano, siquiera no me la hubierais concedido sino bajo condicion de que antes yo hubiera conquistado un rango y un nombre con mi sangre.

Puesto que entonces no pude hacerlo, aquí me teneis hoy; tened piedad de ella y de mí; yo vengo á reparar la falta que yo solo he cometido.

Disponed de mi vida.

Mañana el deber me llama de nuevo á mis banderas; á mi vuelta, que sino con riquezas, será con un nombre glorioso y un rango digno, ¿querreis concederme su mano? Hablad: á vuestras plantas y con el sombrero en la mano os lo ruego.

—¡Tú, tú, mi hijo! infame seductor, jamás: antes la muer-



te, antes la deshonra; y en cuanto al infame fruto de vuestro amor.....

Rápido como el pensamiento don Juan cogió en sus brazos á la niña que Isabel estrechaba contra su seno, lanzóse con ella á la ventana y arrojándose por ella gritó:

—Es mi hija; es vuestra nieta, seguidme si os atreveis.

Un tiro siguió á estas palabras.

Silva descargó su pistola sobre don Juan.

Un momento despues, solo un charco de sangre se veia al pié de la ventana.

## XI.

Sigamos á don Juan en su carrera; veámosle escarnecido, humillado y herido correr con su hija en brazos, despojarse de su colete y cubrir con él el cuerpo de la pobre criatura.

Anda y anda; corre veloz; ¿dónde va?

Héle en Sevilla.

Se halla al pié de la iglesia de San Gil.

Un embozado cruza la plaza en aquel instante, dirigesle á él y esclama:

—Caballero, por el amor de Dios y de su Santísima Madre, hacedme la caridad de servir á esta niña de padrino y de pagar los gastos de la pila, pues de lo contrario morirá sin bautismo; yo no tengo moneda alguna, y el llanto de esta infeliz me indica que quizás le quedan pocos instantes de vida.

—En ese caso apresurémonos, amigo, y salvemos su alma, ya que no podamos salvar su cuerpo.

Los dos penetraron en la iglesia, y á poco la niña era cristiana y recibia por nombre Concepcion.

Al salir don Juan tendió la mano al generoso desconocido diciendo:

—Me llamo Juan de Zúñiga, soy alférez de los tercios de Italia, mi deber me manda mañana partir; pero así en Italia como en España, en la India como en Europa, mi vida os pertenece: disponed de ella ahora y siempre á vuestro antojo.

—Os doy las gracias. Y apretando afectuosamente la mano de Zúñiga, el desconocido se dispuso á partir.

—Perdonad; ¿pero no podria yo saber el nombre del que tan noblemente acaba de conducirse conmigo? ¿No podré al partir llevar ese consuelo?

—Mi nombre, dijo con voz dulce el desconocido, es Bartolomé Estéban; y tendiéndole la mano desapareció.

## XII.

Quince años han transcurrido desde los acontecimientos anteriores.

Isabel esposa desde hace catorce de don Rafael de Silva por la voluntad de su padre, que al morir la obligó á elegir entre su casamiento y su maldicion, llora todos los dias á su hija y á don Juan.

El de Silva, gracias al apoyo que le prestó el padre de Isabel, ha heredado sus riquezas, sus honores, y su llave de gentil-hombre.

Su casa es el punto donde se halla reunido lo mas escogido de Sevilla en armas, ciencias y artes; y entre ellos descollando, como una blanca estrella en el azul del cielo, el gran Murillo.

Acababa de pintar *Santo Tomás de Villanueva*, el que él llamaba su cuadro.

La sensacion causada por tan magnifico lienzo fué indescriptible.

Su fama crecia de dia en dia.

De carácter triste y melancólico, es el único que simpatiza con doña Isabel, que cuando se presenta en los salones, es al único que concede el honor de su brazo y de su amena conversacion.

Los dos sufren y los que sufren se entienden fácilmente.

## XIII.

Antes de pasar adelante, creemos conveniente decir algo acerca de don Juan y de su hija, para que el lector sepa qué ha sido de ellos.

Al dia siguiente del bautizo, partió don Juan para la guerra, dejando su hija encomendada á la dueña de la casa que él habitaba en Sevilla.

La dueña tenia un hijo que criaba al par que á Concepcion: el niño murió á poco y Concepcion entró á ser la absoluta poseedora del cariño de la madre Catalina, que este era su nombre.

Don Juan llegó al ejército el dia que cumplia el mes que su general le dió de plazo; el general habia confiado en su palabra de honor y habia hecho bien en confiar.

Zúñiga ganaba de dia en dia mas renombre; en lucha con la muerte, solo deseaba hallarla, pero la muerte huia de él. El tiempo seguia corriendo.

La guerra de Portugal estalló; don Juan partió allá.

La muerte huia de él, el aura de la guerra, la palma de la victoria le buscaban.

Don Juan fué nombrado general en premio de sus grandes servicios y por recompensa á sus muchas heridas. Mas tarde fué creado marqués.

Recibia la noticia de los honores que se le conferian con alegría, pero tan solo por su hija; porque su Concepcion llegase á ocupar en el mundo un puesto y un rango distinguido.

Durante muchos años don Juan hizo esfuerzos inauditos por saber el paradero de Isabel, pero inútilmente: el prudente Silva, apenas restablecida de su alumbramiento, hizo que don Gabriel se trasladara con ella á la corte, permaneciendo en ella hasta que la muerte de éste le hizo tornar á Sevilla, por ser la última voluntad del difunto, que ordenó en su testamento, que su cadáver fuese depositado en Sevilla, en el panteon de su familia.

## XIV.

Va que sabemos de la suerte de don Juan, justo será que sepamos algo de su hija.

Una tarde que volvia Murillo de paseo, embebido en sus ideas, vino á sacarle de su distraccion un rumor confuso de voces.

Con efecto, grandes gritos se escuchaban, y he aqui la causa.

Una ligera barquilla conducida por un remero y en la que iba una hermosa jóven y una respetable anciana, acababa de zozobrar al empuje de otra mayor, cayendo al rio las dos damas.

Apenas Murillo comprendió lo que pasaba, arrojó su sombrero, tiró su capa, se lanzó al agua, y despues de inauditos esfuerzos apareció con la jóven en medio de los vivas y aplausos de la multitud.

Una vez que la jóven recobró el conocimiento, y despues de darle las gracias, su primer pregunta fué para saber de su madre Catalina.

—Se halla en salvo:—el marinero que os conducia la ha salvado.



—Gracias, Virgen mia. Dios os lo premie, caballero, habeis conservado una hija á su padre: siempre os tendré presente en mis oraciones: en tanto mirad si mi padre ó yo, podemos seros útil en algo: mi padre es el general don Juan de Zúñiga, que manda el ejército de Portugal.

—¿Cómo, señorita!—¿Don Juan de Zúñiga?

—Si tal, ¿por qué ese asombro?

—Por nada; continuad.

—Pues bien: en las cercanías de Sevilla habito en una quinta conocida con el nombre de *Santa Maria*; mi padre debe llegar dentro de breves dias y yo tendria el mayor placer en veros en ella y poder presentarle á mi salvador.

—Acepto, pero con una condicion.

—Hablad.

—Soy pintor; para mí seria un honor hacer vuestro retrato, y vos podeis causar con ello un placer á vuestro padre.

—Acepto con alegría.

—Pues bien, mañana tendré el honor de volveros á ver.

—¿Sin falta?

—Sin falta, y Murillo se alejó volviendo á cada instante la cabeza, para contemplar á aquella hermosa jóven.

## XV.

Cuando Murillo se presentó al dia siguiente en casa de doña Isabel, cuyo retrato estaba haciendo, ya la noticia habia llegado á ella.

—Permitidme ante todo, le dijo al verle, daros la enhorabuena por vuestra generosa accion.

—¡Por Dios, señora! ¿quereis vos tambien avergonzarme? no he hecho mas que cumplir con mi deber, y aun he salido ganancioso, porque ó mucho me equivoco, ó esa niña va á ser desde hoy mas mi genio protector.

—¿De veras?

—Oh, de seguro. Su imagen se ha grabado en mi mente, y.... pero colocaos, señora, colocaos; hablando de ella me siento inspirado: estoy seguro que hoy el retrato va á recibir la vida de que hasta aquí carecia.—¿Lo veis? ¡contemplad, ah, el arte, la inspiracion!

—¡Ah! y decidme, Murillo, ¿esa jóven será de familia conocida?

—Mucho lo dudo, señora. Habita estramuros de la ciudad, en la quinta llamada de *Santa Maria*, y es hija del general don Juan de Zúñiga, que manda el ejército de Portugal.

Al oír este nombre, doña Isabel palideció hasta lo blanco de los ojos.

—¿Qué teneis, señora, estais turbada?

—¡Que, no, al contrario! seguid, Murillo, seguid.

—Perdonadme, señora, pero el resto es un secreto.

—¿Sabeis que tengo curiosidad de ver á esa jóven, á quien vos llamais vuestro genio protector?

—Pues bien, señora, mirad: hoy mismo espero visitarla, la he prometido su retrato, y esta tarde mismo quiero comenzarle: ¿gustais acompañarme?

—Hoy..... no; mañana, Murillo, cambiaré de paseo, y en lugar de ir al que tengo de costumbre me encaminaré á la quinta de *Santa Maria*.

—Está bien. ¿Entonces mañana os esperaré al pie de la quinta, verdad?

—De seguro, dijo doña Isabel con la voz empañada por el llanto.

—Ahora, dijo Murillo al salir, vamos al encuentro de mi genio protector: ¡oh Dios mio! si tú me ayudas, esta niña va á devolverme con creces el servicio que yo la hice: yo

la ayudé á que viviera unos pocos años y ella en cambio va ha hacerme vivir eternamente.

## XVI.

Cuando Murillo llegaba á la quinta de Santa Maria, Concepcion le esperaba en el balcon principal, con la vista fija en el camino de la ciudad.

Un criado le seguia con el caballete y el lienzo; la caja de pinturas la traia él mismo.

—Ah, caballero, no sabeis con cuanta impaciencia os esperaba; ya creí que no veniais.

—¿Cómo! habeis llegado á dudar?

—No dudaba: temia que vuestras ocupaciones....

—¿Mis ocupaciones? de vos me he ocupado toda la mañana.

—¿De mí?

—Sin duda: nuestra aventura se ha sabido y una noble señora me ha mostrado tan vivos deseos de veros, que voy á abusar de vuestra bondad, presentándoosla mañana.

—Hareis bien: vuestros amigos lo serán míos.

Entretanto el criado habia colocado el caballete y el lienzo.

Concepcion contemplaba con orgullo á Murillo, que arreglaba su paleta: sabia que aquel hombre era nada menos que el gran Murillo, el jefe de la escuela de pintura Sevillana: el rival de Velazquez, el émulo de Rafael: apenas se separaron la tarde de su salvacion, el primer cuidado de Concepcion fué el de saber quien era, y su corazon latia de orgullo en aquel momento.

—¿Cómo quereis ser retratada?

—Como gusteis.

—Entonces, si no os molesta, manteneos de pié, cruzad las manos y alzad la vista al cielo.

Apenas colocada, Murillo comenzó á trazar en el lienzo la imagen de Concepcion: su pulso era firme, el lapiz se deslizaba seguro sobre el cuadro: en sus ojos brillaba la inspiracion; su hermosa y despejada frente se hallaba iluminada por la antorcha del genio.

## XVI.

Las sombras de la noche sorprendieron á Murillo y Concepcion.

La luz del dia se acababa, la inspiracion de Murillo no. Despidióse Murillo hasta el siguiente dia, y al otro se presentó acompañado de Isabel y su dueña: Concepcion les hizo los honores de la casa con la gracia mas encantadora y la finura mas esquisita.

Desde aquel dia Murillo esperaba á Isabel y ambos se encaminaban á casa de Concepcion.

A los ocho dias, don Rafael de Silva pasó al cuarto de Isabel y no la halló: una doncella le dijo que la señora habia salido.

Silva se encaminó al paseo donde su esposa concurría y no la halló: deseaba darle parte del nombramiento que acababa de recibir de gobernador de Aragon, donde pensaba partir inmediatamente.

No habiéndola hallado en su paseo, al siguiente dia la hizo espiar por un criado: el criado volvió y le dijo que doña Isabel se hallaba en la quinta de *Santa Maria*, donde estaba pintando el señor Murillo.

Don Rafael se mordió los labios hasta hacerse sangre: ¡él, que no habia vacilado en cometer un crimen por conseguir una posicion, verse engañado! Desde aquel instante comenzó á revolver en su mente planes de venganza.

Embozóse en su capa y se encaminó á la quinta.



## XVIII.

Aquel día Isabel, adelantándose á Murillo, supo por Concepcion, que su padre, ausente casi siempre, la ha hecho viajar por el extranjero y por España, en busca siempre de su madre, por la que ruega todas las noches, como igualmente por un joven llamado Bartolomé Estéban, que la ha servido de padrino.

Aquel día tambien anunció Concepcion á doña Isabel y á Murillo que al siguiente día llegaría su padre.

Isabel trémula, tomó su manto y acompañada de su dueña, despues de poner sus labios en la frente de Concepcion, partió con paso precipitado.

Murillo se dispuso á acompañarla, pero al partir exclamó bajo:—Tengo que hablaros, hija mia, volveré esta noche á las diez: daré tres palmadas.

## XIX.

El lector preguntará ¿que por qué volvía Murillo á hablar á Concepcion? se lo diremos.

Isabel le ha descubierto aquella mañana su secreto, y le ha suplicado descubra á aquella niña que llora á su madre muerta, que su madre vive y es ella.

Pues bien, aquella tarde á poco de salir Murillo y doña Isabel, Silva que habia permanecido oculto, comenzó á rondar la casa, resuelto á saber quien la habitaba.

En uno de sus paseos tropezó con un hombre que á ella se dirigia.

—¿Quién vá? preguntó el que venia.

—¿Sois vos de la casa?

—¿Qué os importa?

—A mí nada, dijo el astuto Silva, si acaso á vos es á quien debe importarle.

—¿Qué decís?

—Yo? nada; que penseis en vigilar mas vuestra casa, si no quereis que sea visitada por el *Santo Oficio*.

## XX.

Don Juan de Zúñiga, que no era otro el desconocido, preocupado con las últimas palabras que el hombre encubierto le habia dicho, en lugar de entrar en su casa, decidió pasar la noche vigilando.

Su hija le esperaba al día siguiente: él se habia adelantado: quizá era un aviso del cielo.

Embozóse y esperó.

Dieron las ocho, las nueve, y al sonar la última campanada de las diez, apareció un bulto en el camino, que marchaba con direccion á la casa.

Don Juan esperó; pero ¡cuál no sería su asombro al verle al pie de la puerta, dar tres palmadas y esperar!

Zúñiga no aguardó mas, apretó fuertemente el puño de su espada y dirigiéndose á él exclamó:

—¿Quién va?

—Y á vos, ¿qué os importa?

—Porque me importa lo pregunto.

—No creo deber responder á quien tiene el rostro encubierto.

—Pues, ¡vive Dios! que encubierto ó no, ó me lo decis vivo, ó yo lo sabré muerto.

—Veámoslo; y ambos echaron mano á la espada, cayeron en guardia y comenzó el combate. En la escalera de la casa se oian pasos precipitados: á poco la puerta se abrió y aparecieron Concepcion y la dueña con dos candelabros que alumbraron de lleno el rostro de los combatientes.

—Murillo, exclamó Concepcion, es mi padre!

—¡Señor! exclamó la dueña.

—¡Bartolomé! gritó don Juan arrojando la espada

—¡Don Juan de Zúñiga! balbuceó Murillo.

## XXI.

Estos gritos fueron casi instantáneos.

Don Juan se arrojó en brazos de Murillo y ambos acompañados de Concepcion y la dueña subieron á la sala principal.

Murillo explicó á Zúñiga su presencia en la quinta; su encuentro con Concepcion; la venida de doña Isabel, y llamándole á un lado, le indicó el objeto de su venida aquella noche.

En este momento oyóse el choque de remos por la parte del rio y Catalina azorada se presentó á decir que tres hombres enmascarados acababan de saltar de un bote.

—¡Ah! exclamó don Juan; con esos hombres viene sin duda el infame que me ha hecho sospechar de mi hija, y que me ha lanzado á punto de cometer un crimen con vos, mi amigo, mi hermano, el segundo padre de mi hija. Juro á Dios que no se me escapará. Apaga la luz, Catalina, y vos, Murillo, quedaos guardando á Concepcion.

—No por cierto, don Juan, yo os sigo; juntos peharemos; su castigo nos pertenece á los dos.

Concepcion muda de espanto quedó con Catalina y la dueña encerrada en la habitacion principal.

Don Juan y Murillo dieron vuelta á la tapia, penetraron en el jardin por un postigo secreto, y cayeron como un rayo sobre Silva y sus tres hombres, que cogidos de improviso, comenzaron una lucha en que si la fuerza estaba de su parte, el valor y la razon estaban en su contra.

Murillo hirió á uno y puso en fuga á otro de los cuatro raptos; don Juan atravesó de una estocada el pecho de uno; el antifaz que le cubria cayó al suelo: la luna iluminó su rostro y Murillo al verle exclamó:

—¡Don Rafael de Silva!

—¡Silva, gritó don Juan, Justicia de Dios!

## XXII.

—Asesino de Isabel, cobarde que á traicion descargaste tu arma sobre un hombre indefenso, tu castigo es justo.

—Si, es justo; pero antes de morir, sabe que á tu hija la visita un hombre todos los dias y que á estas horas tu deshonra es cierta.

—Mientes, exclamó Murillo, mientes; tú, encenagado en el vicio no puedes comprender la virtud; tú que no vacilaste en casarte con la madre porque creiste haber muerto al padre y al par á la hija, tú no comprendes, no puedes comprender la virtud; sabe que esa niña es mi ahijada y de hoy mas un vínculo eterno ligará nuestras almas.

—Es decir que sois felices, pues bien, malditos seáis.

Y Silva despues de lanzar un sordo gemido, espiró.

## XXIII.

A la mañana siguiente su cuerpo era trasladado á Sevilla y el *Santo Oficio* recibia las declaraciones de Murillo y de don Juan.

Aquella misma tarde Bartolomé presentaba á doña Isabel á don Juan, que con las lágrimas en los ojos, solo pensaban en abrazar á su hija antes de partir.

Murillo suplicó á don Juan trocase su capitania general de Aragon por la de Andalucía, pues no cesaba de repetir que queria morir al lado del genio protector á quien esperaba deber su inspiracion y su renombre.



## XXIV.

Ocho días después de estos sucesos, se hallaban reunidos en el estudio de Murillo los más notables artistas, los hombres más eminentes en artes y en ciencias.

Se trataba de juzgar la última obra del insigne pintor; y aquella apiñada multitud solo pensaba en el momento en que debía ésta aparecer.

La hora sonó.

Dos criados condujeron un magnífico cuadro cubierto con un paño de seda.

A poco apareció Murillo y á vista de todos levantó el velo que cubría el lienzo.

Un ¡Ah!!! de admiración salió de todas las bocas.

El cuadro era la sublime *Concepción* de Murillo.

Aquella multitud de artistas descubrióse respetuosamente ante el gran hombre: ante la magnífica obra que desde aquel día inmortalizó su nombre de tal suerte que vivirá tanto como los siglos.

¡Quién no ha admirado, quién no se ha detenido alguna vez ante esa sublime obra del arte, ante esa gran creación!

¡Vates, empuñad las sonoras liras!

¡Artistas, entonad cantos de alabanza á Murillo!

¡Españoles, regocijaos; de hoy más, al lado de la PERLA de Rafael, irá á reclamar un sitio la CONCEPCION de Murillo!

ENRIQUE RODRIGUEZ SOLIS.

## LUXEMBURGO.

Dejando para otro lugar el ameno campo de la novela, internémonos un poco en la jurisdicción de la Historia y Geografía tratando, aunque de paso, del famoso ducado y ciudad capital que le da nombre, así como también al presente artículo y lámina que le acompaña.

Plaza fuerte de primer orden, era Luxemburgo bajo este concepto una de las más importantes de Europa, y el derecho de guarnecerla ha estado á punto de ocasionar este año una guerra de incalculables resultados entre la Francia y la Prusia. Al fin, los buenos oficios de las demás potencias y la consideración de los inmensos males consiguientes á un rompimiento, hizo llegar á convenirse en demoler las fortificaciones, justo motivo de inquietud y alarma para las naciones escluidas de su recinto.

Vamos á describirla según se hallaba antes de comenzar la piqueta y el barreno su obra de trasformación, pues si como pueblo abierto la pintásemos, carecería del interés que ofrece el recuerdo de su celebridad militar.

Contiene una población de 14,000 almas y se divide en dos partes bien marcadas, la Ciudad alta y la Ciudad baja. La primera, construida sobre una roca casi inaccesible por todas partes, tiene la forma de un eptágono: la rodea una fuerte muralla, fosos anchos y profundos y una doble serie de obras avanzadas. En el centro de la plaza hay abierto en la peña un pozo de inmensa hondura, suficiente á satisfacer las necesidades de un largo sitio, si por acaso los enemigos consiguiesen variar el curso del río Alzette que baña la Ciudad baja. Esta se halla dividida en dos cuarteles el Grande y el Pfaffenthal, y la defienden también fuertes

muros y obras exteriores de mucha consideración. Era una de las tres grandes fortalezas federales.

En Luxemburgo residen todas las autoridades superiores del Gran ducado. Sus edificios más notables son la iglesia de San Nicolás, fundada en 1120, pero construida en el siglo último; el antiguo templo de los jesuitas; la casa de ayuntamiento, principiada en 1830; las casernas y sobre todo las obras de defensa. Esta ciudad comercia en pieles, tiene molinos de yeso, fábricas de papel, de cartón, de lienzos y de cigarros.

El primer señor de Luxemburgo que menciona la historia es Sigefroy en 953. Descendiente de los condes de Verdun, obtuvo aquella fortaleza en cambio de la abadía de Tréveris, cuyo patronazgo disfrutaba. En 1096, Guillermo tomó el título de conde, que llevaron los que le sucedieron hasta Wenceslao I, á quien su hermano el emperador Carlos IV elevó á la categoría de duque. En 1444 recayó la soberanía en Isabel, hija del duque Juan, la cual no teniendo herederos cedió sus dominios á Felipe el Bueno de Borgoña, reservándose una renta anual de 8,000 florines. Algunos años después deseando el nuevo propietario evitar cuantas dificultades pudieran sobrevenir contra su reciente adquisición, compró sus derechos en 50,000 escudos de oro al duque de Sajonia, que alegaba fundadas pretensiones al Luxemburgo. Desde aquel punto dejó de formar un estado independiente pasando con todos los bienes de Maria, hija de Carlos el Temerario, á Felipe de Austria, y con él á la línea española de la casa de Austria. La rebelión de las provincias holandesas no pudo arrebatarlo á la España. Luis XIV en 1609 logró que le fueran cedidos los distritos de Thionville, Damvilliers, Marville y Montmery, llamados el Luxemburgo francés, que fueron incorporados al gobierno de Metz. La guerra de Sucesión de la península ibérica hizo pasar lo restante á la casa de Habsburg.

En 1795 los franceses se apoderaron de la capital, y el tratado de Campo-Formio hizo á la Francia dueña de todo el ducado, que se organizó bajo el nombre de departamento de los Vosges. Así continuó hasta 1815, en cuyo año por acta del congreso de Viena, pasó á formar parte de la Confederación Germánica, bajo el dominio del rey de los Países Bajos, excepto una pequeña parte que se agregó á la Prusia.

El alzamiento de 1830 que devolvió á la Bélgica su nacionalidad escitó gran fermentación en el Luxemburgo, mucha parte del cual se declaró independiente, salvo sus relaciones con la Confederación. Las principales naciones de Europa intervinieron, el país fué dividido en dos partes con arreglo á los idiomas alemán y wallon, formando el rey de los Países Bajos con el territorio que se le adjudicó, un gran ducado independiente. El resto constituye una de las provincias belgas.

Entre los hombres célebres que han ilustrado este dominio nos contentaremos con citar solamente al famoso y caballeresco Juan de Luxemburgo, hijo del emperador Enrique VII, rey de Bohemia por su matrimonio con Isabel, hermana de Wenceslao V. Su carácter osado y emprendedor, apasionado á la guerra y á la caza le hubiera hecho en tiempo de Carlo-Magno digno de ocupar un puesto entre los paladines de la Tabla redonda. Toda su vida fué una serie de aventuras romancescas. No bien acababa de someter los rebeldes de su reino, combatió por Luis de Baviera contra su competidor á la corona imperial, Federico de Austria, á quien hizo prisionero en la batalla de Muhl-dorff (1322). En 1328 acudió en auxilio de Felipe de Valois,



contra los flamencos que se le habian sublevado y participó de la gloria del rey de Francia en la batalla de Cassel. Corrió luego á defender á los caballeros teutónicos, que estaban en guerra con Gedimiro, gran duque de Lithuania. Nombrado vicario del Imperio en Italia pasó los Alpes y sometió muchas ciudades. Obligó á sus enemigos, Federico,

duque de Turingia, y Alberto y Othon, duques de Austria, á pedirle la paz: volvió á Italia, restableció el orden y regresó triunfante á Praga. En 1333 hizo otra nueva expedición á la misma península menos feliz que la primera, pues fué batido á orillas del Pó y destrozada la flor de la nobleza francesa que le acompañaba. En 1335, Juan in-



Vista de la ciudad de Luxemburgo.

vadió la Polonia para hacer valer los derechos de su esposa, y el rey Casimiro le compró la paz por una considerable suma, renunciando á la Silesia. A esta sazón habia perdido la vista, pero no su infatigable energia para hacer frente á sus numerosos enemigos. Se halló como auxiliar del rey de Francia en la batalla de Crecy contra los ingleses, y sabiendo que la victoria se declaraba por los con-

trarios, no quiso volverse sin dar una estocada. Para esto se hizo conducir á la pelea, donde halló la muerte en union de muchos caballeros que habian atado las riendas de los caballos á las del suyo. ¡Digno fin de un héroe de romance!

Ch.